

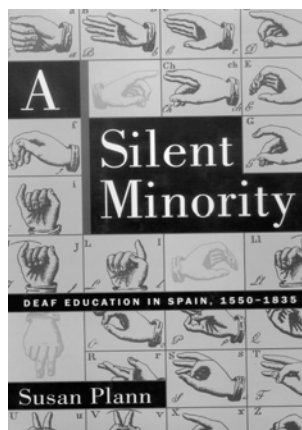
RESEÑAS

SUSAN PLANN, *A Silent Minority. Deaf Education in Spain, 1550-1835*, Berkeley, Los Angeles, Londres, University of California Press, 1997, 323 pp.

Es muy notable el trabajo de Susan Plann acerca de la historia de la educación de sordomudos en la España moderna. Se trata de una historia importante de la cultura española, que ha sido casi ignorada hasta el momento. Una cuidadosa reconstrucción del pasado permite a la autora contemplar los esfuerzos por educar a una minoría silente, durante tres siglos. Primero aplicada a los nobles, luego ampliada a la burguesía y a la beneficencia, ha permitido este esfuerzo dar acceso a muchos jóvenes a la educación. Se orienta el libro, de forma original, en busca de la defensa de los derechos de una minoría, que tiene su propia cultura lingüística. No se trataría de un grupo de enfermos, sino de una minoría lingüística, que intenta defender sus derechos. Para la autora, el lenguaje del sordomudo es un lenguaje como otro cualquiera, pues supone también la conversión de signos en significados. Se pone en relación con las otras minorías lingüísticas de la Península, que han sido con frecuencia no menos marginadas.

En el siglo XVI se crea un sistema de lenguaje para esta minoría, que se aplica a algunos jóvenes nobles. La obra del benedictino Pedro Ponce de León en el monasterio de San Salvador de Oña, es de primera importancia. Pero estos chicos nobles fueron en el siguiente siglo educados en sus palacios por Manuel Ramírez de Carrión. En las últimas décadas del siglo XVII y primeras del XVIII parece olvidarse esta tradición, si bien la tradición española cruzó las fronteras, dando lugar a los métodos francés y alemán. De todas formas, a mediados de la centuria, Jacobo Rodríguez Pereira siguió en el empeño de hacer hablar a estos alumnos. Y los jesuitas tomaron la delantera en este terreno, con el interés que mostraron en los lenguajes, así en las obras de Lorenzo Hervás y Panduro y Juan Andrés Morell. La Sociedad Económica introdujo en la Real Escuela de Madrid el método francés. Las guerras, el hambre, la crueldad, la discriminación... dificultaron mucho su trabajo.

Pero, sin duda, es una experiencia importante, ahora muy bien estudiada. Dentro de la tradición de estudios anglosajones, ha sabido la autora analizar bien los problemas de esta herencia. Tanto ha tenido en cuenta las formas de enseñanza, los diversos estilos e intenciones, como los problemas que la difícil —y, sin duda, muy interesante historia española— ha conseguido en la educación de esta minoría lingüística. La historia de la educación y, en especial, de la educación especializada es una materia de primera importancia, que debe hacer honor a esfuerzos tan difíciles como generosos.



José Luis Peset

Depto. H^a de la Ciencia, IH, CSIC

F. PAGÉS LARRAYA, J.M. CONSIGLI, E.M. ASTRADA, *Tratado de la Fascinación*, Córdoba (Argentina), Prosopis Editora, 1998, 206 pp.

Al ginebrino Pedro Brun se le atribuye la edición española en 1495 del *Tractatus de Fascinatione* de Diego Álvarez de Chanca, físico y cronista del segundo viaje de Cristóbal Colón y médico de los Reyes Católicos de Castilla y Aragón y de su hija Juana la Loca. Fernando Pagés Larraya presenta aquí una exégesis psiquiátrica de la obra del que fuera considerado como el primer médico de Indias. Se presenta también en el libro el facsímil del críptico incunable impreso en latín en tipos góticos de texto menor. La traducción fue realizada por las especialistas en letras clásicas Julieta M^a Consigli y Estela M^a Astrada.

Diego Álvarez de Chanca era de origen sevillano y posiblemente estudió en Salamanca. Fue médico real hasta 1501 y fue el primer médico que marchó a las Indias en 1493. El mal de ojo, objeto de su tratado, era una verdadera obsesión en aquellos tiempos de la conquista de América. Es posible hallar numerosas referencias al tema en los clásicos como Lope de Vega, Santa Teresa de Jesús, Tirso de Molina y Calderón; y, antes de ellos, el Arcipreste de Hita. El tratado de Chanca es una obra de rigor médico, en cuya primera parte nos encontramos con una teoría del aojamiento y, en la segunda, una eficaz materia médica que ilustra en el tratamiento del mal sobre niños y jóvenes aojados.

Pagés Larraya se pregunta en la introducción «¿Por qué despertar de su olvido libros viejos? ¿Por qué retornar al sepulcro del tiempo en vanas peregrinaciones?», y nos dice: «Tal vez para no confundir lo nuevo con lo verdadero y buscar esa *Ursprache*, palabra prístina y sembrada por enigmas trascendentales, cargada con respuestas emanadas de la experiencia pura del misterio». Y que son el mejor ejemplo de la experiencia pura de un misterio aquellos contenidos del pensamiento y la imaginación que podemos encontrar en los padecimientos mentales. La psiquiatría contemporánea tan interesada en los llamados síndromes dependientes de la cultura (*culture-bound syndromes*) puede hallar en estudios históricos como el que aquí se presenta un fundamento y un valioso aporte a su contenido en torno al papel y a la importancia de la cultura en la experiencia, formación e interpretación de entidades psicopatológicas.

La psiquiatría actual reconoce claramente la influencia de factores culturales en la etiopatogénesis, el diagnóstico y el tratamiento de las enfermedades mentales. Ello es consecuencia de que los psiquiatras utilizan referentes y contextos socioculturales para evaluar y explicar la manera de pensar, sentir y actuar de los seres humanos expresada como experiencia subjetiva y como conducta observable. Recomiendo por ello la lectura de este hermoso y cautivante texto (y de su estudio) a quienes no sólo desde el ejercicio de la historia como disciplina sino desde otros campos como la psiquiatría se interesan por las relaciones de la medicina y la antropología cultural.

Eduardo Balbo

Instituto psiquiátrico José Germain

JESÚS MOSTERÍN, *Conceptos y teorías en la ciencia*, Madrid, Alianza, 2000, 320 p.

No abundan precisamente las colecciones de ensayos originales en castellano de filosofía de la ciencia, hay excepciones notables como *Exploraciones Metacientíficas* (Alianza, 1982) o *Pluralidad y Recursión* (Alianza, 1991), ambas de C. U. Moulines. La escasez de esa literatura es una de

las razones para celebrar la reedición de *Conceptos y teorías en la Ciencia*, de Jesús Mosterín. Los cambios respecto a la edición de 1984 de Alianza Universidad suponen modificaciones a lo largo de todo el texto que, sin embargo, mantienen la independencia de los capítulos, «tan apreciada por los lectores», como señala el autor. Los cambios más destacados consisten en la supresión del que era último capítulo, de tema lógico, y en la adición de cinco nuevos trabajos: «Conceptos métricos», «Mereología, conjuntos y ontología biológica», «Teorías y modelos», «Bunge sobre individuos concretos» y «¿Está usted a favor o en contra del bien y la verdad?». Los ensayos que se encontraban ya en la edición de 1984 se dedicaban en su mayor parte a los conceptos y teorías científicas que dan título al libro. El primero de ellos, «La estructura de los conceptos científicos», recoge una cuestión clásica, la elucidación de los conceptos científicos divididos en clasificatorios, comparativos y métricos. «Taxonomía formal» incluía algunos aspectos relativos a las clasificaciones con un tratamiento más específicamente formal. Se ocupa, por ejemplo, del análisis de la paradoja de Gregg, o de la superposición y fusión de particiones.

Se suceden a continuación tres ensayos de contenido histórico: «Materia y atomismo», «Kant como filósofo de la ciencia» y «La polémica entre Frege y Hilbert acerca del método axiomático». En el primero de los ensayos encontramos un breve pero estimulante relato sobre el desarrollo del concepto de materia (que «no es un concepto científico, sino filosófico»), que nos lleva, desde la curiosa etimología, hasta los drásticos cambios en el atomismo. En el artículo dedicado a la filosofía de la ciencia de Kant, se le concede el mérito de haberse tomado en serio la distinción entre percibir y pensar. Y de acertar al hacer depender nuestra experiencia de las formas *a priori*, si bien éstas no serían las del entendimiento, sino las del lenguaje. El último de estos tres ensayos de carácter histórico tiene el particular interés de introducir una perspectiva sobre las teorías que destaca notablemente en el resto del libro. Disponemos de esta concepción de las teorías gracias a Hilbert y a su polémica con Frege; y ello a pesar de los malentendidos que hubo entre ambos. A pesar de las confusiones que llevó consigo dicha polémica (Hilbert confunde consistencia con verdad, Frege insiste en la verdad de sus axiomas). A partir de entonces contamos con la noción moderna de teoría abstracta. Con la distinción entre teorías concretas, las que describen sistemas, y teorías abstractas, las que describen estructuras. En la polémica, Hilbert estaba refiriéndose a estas últimas teorías, mientras que Frege habla de las primeras.

En «Historia y teoría abstracta» se muestra que «toda teoría es matemática», siempre que entendamos *teoría* en el sentido de *teoría abstracta*. Aquí Mosterín elabora lo que ya quedaba señalado en el ensayo sobre la polémica de Hilbert y Frege. La distinción entre teoría abstracta y teoría concreta nos acerca a cierto sentido de *historia*. La tradición en este punto nos ofrece algo interesante. El autor nos recuerda que *historia* tiene un sentido amplio que es, además, el originario, y que no se limita a lo temporal ni a los asuntos humanos. Ese sentido lo encontramos, por ejemplo, en la expresión *historia naturalis*, de Plinio. En este sentido, la historia describe sistemas, es teoría concreta. Otras consecuencias de la distinción: la teoría (abstracta) adquiere un cierto carácter de instrumento, no se confirma ni se refuta.

«Sobre el concepto de modelo» tiene una interesante función aclaratoria. Toma diversos sentidos de *modelo* en el lenguaje ordinario y los pone en relación con el sentido propio de la teoría de modelos.

Algunas apreciaciones sobre el enfoque semántico de las teorías, iniciado por Beth y Suppes y desarrollado por Sneed y otros, tienen lugar en «Sobre teorías físicas y teorías matemáticas». Este capítulo plantea el viejo problema del abismo entre relaciones de ideas y cuestiones de hecho. O de las diferencias, si se desea, entre teorías empíricas y formales. Las teorías abstractas, expresadas en términos de la concepción semántica de Sneed, nos permiten acercar teorías físicas y matemáticas. Los ejemplos que pone Mosterín (teoría de grupos, teoría de los espacios vectoriales, teoría de la probabilidad y mecánica clásica de partículas) ayudan a apreciar las semejanzas, aunque también

nos recuerda que sigue habiendo diferencias: distinción entre términos teóricos y no teóricos, aplicaciones propuestas, etc.

Conseguir axiomatizar una teoría supone un gran logro. Y también inventar teorías abstractas que consigan describir (o así lo suponemos), sistemas concretos. Pero los únicos modelos seguros resultan ser los numéricos. Aunque no por ello dejamos de *lanzar la red*, como nos cuenta «El mundo se nos escurre entre las mallas de nuestras teorías».

El primero de los nuevos trabajos incluidos en la edición del 2000 de la colección *Ensayo* de Alianza, «Los conceptos métricos», está dirigido a precisar y completar la parte dedicada a los conceptos científicos. Esta parte se enriquece gracias, sobre todo, al examen que hace aquí el autor de los conceptos métricos de masa, longitud, tiempo y temperatura, examen que recoge algunos aspectos formales, pero que sobre todo incluye interesantes datos relativos a sus condiciones materiales de adecuación.

En el capítulo 4, «Mereología, conjuntos y ontología biológica», Mosterín apoya la tesis de biólogos como E. Mayr, N. Eldredge y R. Willmann, según la cual las especies son individuos. Esta defensa de la tesis pasa por una previa elucidación de la noción de individuo y de la de conjunto. Los recursos lógicos que permiten el tratamiento individual de las bioespecies nos lo proporciona la mereología extensional que introdujo Lesniewski. La mereología, que estudia la relación de las partes con el todo, nos entrega la bioespecie como «una entidad histórica, una cosa concreta, que se compone de sus miembros».

Otra de las razones para apreciar este libro radica en el modo en que la perspectiva lógica concede unidad al conjunto. Y lo hace, no sólo mediante la utilización de recursos lógicos, sino en la manera de defender y mostrar su carácter imprescindible para articular el discurso sobre la ciencia, su dimensión como método del filosofar. Muy representativo de ello es el trabajo «Teorías y modelos». Si las estructuras y sistemas son nociones clave para hacer filosofía de la ciencia, es innegable la utilidad de reconocer y expresar en términos formales relaciones entre sistemas como son la similaridad, isomorfía o equivalencia elemental. O la utilidad de caracterizar las teorías como axiomatizables, completas, decidibles, etc.

Una de las secciones del capítulo «El mundo se nos escurre entre las mallas de nuestras teorías» estaba dedicada a la ontología de Bunge. Allí comenta la dificultad que supone expresar la noción de individuo en términos formales. Esta dificultad no sería sino un caso particular de la «incapacidad intrínseca del método axiomático formal para caracterizar unívocamente sistemas reales». El ensayo añadido en la nueva edición «Bunge sobre individuos concretos» precisa algunos puntos sobre esta cuestión.

A menudo, el talento filosófico se encuentra, no en responder preguntas, sino en reformularlas. Otras veces, lo sensato es rechazar preguntas por desorientadoras o por capciosas. Esta es una enseñanza que podemos obtener del último capítulo: «¿Está usted a favor o en contra del bien y la verdad?». Además, da un repaso a algunos malentendidos de realismo ingenuo y defiende un pluralismo racionalista.

Otra de las razones para celebrar la nueva edición de *Conceptos y teorías en la Ciencia* nos la proporciona el reencuentro con el buen quehacer literario de Mosterín. Tener la oportunidad de acceder con tan placentera lectura a asuntos que, en otras circunstancias, podrían resultar arduos, no puede por menos que provocar nuestra gratitud.

Purificación Navarro Barcia,
Universidad Autónoma de Madrid

RESEÑAS

JOSÉ LÁZARO, FRANCESC BUJOSA, *Historiografía de la psiquiatría española*, Triacastela, Madrid, 2000, 194 pp.

Se trata de un volumen cuidado, con buena letra, y un tamaño y características generales, que hacen fácil y agradable la lectura. En ese sentido, la colección a la que pertenece este libro es interesante y está bien presentada.

El gran esfuerzo de localizar una literatura desperdigada en muy diversas publicaciones —revistas, publicaciones colectivas, etc.— y de muy variados autores, que en muchos casos han tratado sólo circunstancialmente de la historia de la psiquiatría, supone una difícil y ardua tarea, pero muy útil para quienes estamos interesados, aunque también nuestra labor no haya tenido una gran continuidad, en la historia de la psiquiatría, que, por otra parte, creo que, con los nuevos avances científicos, adquirirá más importancia con el paso del tiempo.

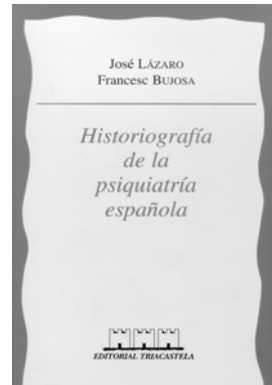
Los autores delimitan, en la *Introducción*, muy correctamente el campo que quieren abarcar, tanto con respecto al tipo de trabajos —exclusivamente de *historia* de la psiquiatría española— así como el período cronológico, creo que realmente amplio, pues llega hasta 1997. Ofrecen sus criterios de inclusión y exclusión: fundamentalmente los límites cronológicos —por ejemplo, cuándo comenzar a incluir trabajos— y temáticos, por la dificultad, frecuentemente, de establecer límites con aspectos como el psicoanálisis, aspectos psicopatológicos o psiquiátricos de las obras literarias, encuadrables en las humanidades médicas pero no aquí, y la psicología, el aspecto más complejo. En este caso, han incluido temas de interés comunes a ambas materias. Los trabajos sobre el psicoanálisis han sido incluidos. También trabajos en todos los idiomas si se refieren a historia de la psiquiatría española, así como memorias profesionales que pueden enriquecer esa historia. En cuanto a otro tipo de artículos, como los necrológicos, han recogido, dicen, los que tuvieran información de interés.

Los autores explican y traducen en cuadros y tablas las fuentes utilizadas, repertorios, bancos de datos, bibliotecas y hemerotecas, revistas vaciadas, etc., que demuestran el uso de muy variados fondos y repertorios, españoles e internacionales. Señalan, además, que tuvieron que corregir muchas inexactitudes de las citas realizadas de forma indirecta, consultando directamente, en la mayoría de los casos, los textos originales. Han consultado revistas y periódicos como *Archivos de Neurobiología* o *El Siglo Médico*, así como diversos *Anales*, *Archivos*, *Actas*, etc. Las fichas que presentan son claras, e, insisto, posiblemente exhaustivas en cuanto a número. Pero son fundamentales los estudios posteriores y los índices, indispensables en una obra de consulta permanente como ésta.

Pero la búsqueda bibliográfica, ya importante por sí misma, se beneficia, además, de un interesante estudio sobre las características de los estudios históricos sobre la psiquiatría española. Los autores analizan, desde un punto de vista conceptual, los datos del estudio bibliométrico seleccionando algunos de los aspectos más importantes.

En primer lugar hacen una reflexión sobre los aspectos generales del grupo de trabajos dedicados a la historia de los problemas mentales, observando, por ejemplo, que hay un predominio de los artículos en revistas, de textos en español y publicados en las ciudades con mayor industria editorial, o señalando el interés de considerar la distribución de trabajos por decenios, que demostró un crecimiento bastante regular. Y todas las características de estos trabajos serán analizadas, como hemos dicho, no sólo cuantitativa sino cualitativamente, lo que hace mucho más valioso y completo este estudio.

Revisando una serie de características particulares de los trabajos, analizan las revistas que los han publicado, observando, por ejemplo, que predominan, y cada vez más con el paso del tiempo,



las revistas que se van profesionalizando en la temática de la historia de la psiquiatría y la psicología. Los autores de esos trabajos publicados son analizados desde varios puntos de vista: en la constancia en la dedicación al tema —en general escasa— en cuanto a ciertos hábitos de publicación —el peso numérico de las necrológicas— y en relación con los perfiles profesionales —en general psiquiatras y psicólogos, además de algunos historiadores de la medicina que no practican la clínica— que estudian con bastante detalle, fundamentalmente el de los profesionales que más han publicado.

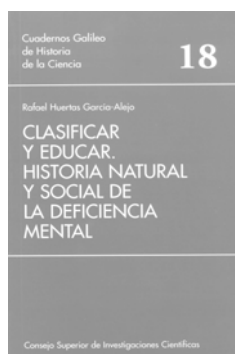
En el estudio sobre las características temáticas de los trabajos, los distribuyen entre diez materias, distribución que justifican con claridad. Las diez materias consideradas son: Biografía (incluyendo necrológicas y estudios de obras); Asistencia; General (síntesis panorámicas, regionales o de una subespecialidad o período); Enfermedad (incluyendo síntomas y síndromes); Psicoanálisis; Instituciones profesionales; Documentación (bibliografía, bibliometría, terminología...); Terapéutica; Legislación; Patobiografía. A continuación exponen, materia por materia, las observaciones pertinentes a los trabajos correspondientes. Por ejemplo, en el caso de las biografías consideran los autores más estudiados, así como en el caso de síndromes o enfermedades, analizan las más trabajadas y las posibles causas de ello.

Estamos, pues, ante un libro que, realizado indudablemente por quienes conocen los problemas y necesidades del historiador de la medicina y de la psiquiatría será de enorme utilidad y obligada consulta para los estudiosos de estos temas.

Raquel Álvarez

Depto. Hª de la Ciencia, IH, CSIC

RAFAEL HUERTAS, *Clasificar y educar. Historia natural y social de la deficiencia mental*, Madrid, CSIC, Cuadernos Galileo, n. 18, 181 pp.



Precedido por una dilatada trayectoria de investigación histórica sobre la psiquiatría, española y francesa principalmente, el autor se sitúa en los espacios de la medicina y de la pedagogía para ofrecer un producto muy interesante que aúna perspectivas tomadas no sólo de las disciplinas citadas, sino de otras como la antropología en su doble vertiente física y social, de las que ofrece una especialmente cuidada y pertinente selección bibliográfica.

Desvelar cómo la clasificación de los seres humanos utilizando la inteligencia como criterio puede ser germen de desigualdad, no sólo es un ejercicio de reconstrucción histórica apasionante sino un claro acicate para la reflexión actual. Entre los siglos XVIII a XX se produce la elaboración de los esquemas del pensamiento médico que finalizarán con la construcción de la deficiencia mental como una categoría especial, tanto social como médica, así como la ampliación del espacio de los profesionales de la medicina que acabarán situados como expertos de los que dependerán, en gran medida, las actuaciones prácticas a llevar a cabo en presencia de comportamientos infantiles alejados de la norma. A través de la lectura de la monografía de Huertas, asistimos de cerca al seguimiento de este proceso.

Los precedentes ilustrados son mostrados a través de las hipótesis que, sobre los niños salvajes, elaboraron Pinel y Jean Itard como figuras paradigmáticas de dos concepciones contrapuestas del papel representado por los dos elementos de la ecuación naturaleza/cultura. Junto a ellos, los prime-

ros «especialistas» en niños deficientes, los paidopsiquiatras *avant la lettre*, cercanos a las tesis de los alienistas pero con una actitud más intervencionista.

Asclepio (vol. 13, 1961), publicó en sus páginas un artículo excelente de López Piñero sobre los sistemas nosológicos del siglo XVIII, que ha servido, en no pocas ocasiones, de referente para contemplar la ubicación de determinados procesos patológicos en las complicadas taxonomías dieciochescas. En la obra que reseñamos también se utiliza acertadamente el marco general presente en el artículo, así como la indispensable monografía de Arquiola y Montiel (*La corona de las ciencias naturales. La medicina en el tránsito del siglo XVIII a XIX*, Madrid, C.S.I.C., 1993). De este modo, la deficiencia mental se sitúa en dichos sistemas nosológicos y se identifica el de Georget como el primero que separa la deficiencia mental de la idiocia, inaugurando así una línea médico-pedagógica que contribuirá a la adopción de un discurso científico específico sobre el retraso mental, los inicios de la paidopsiquiatría y los prolegómenos de la educación especial «origen tanto de la psicopedagogía como de la entrada, por la puerta grande, de la norma médica en los espacios de socialización infantil» (p. 67).

La deficiencia mental en las corrientes degeneracionistas francesas inaugura el capítulo dedicado a degeneración, raza e inteligencia, sólidamente construido al contar con un buen conocimiento de unas fuentes manejadas por Huertas, en otros contextos, en trabajos anteriores. La deficiencia mental formaría parte aquí de los estados degenerativos junto a los desequilibrios mentales, e incluso, en una clasificación basada en las similitudes de los rasgos de ciertos pacientes con determinadas peculiaridades étnicas, como la de Down, con un claro matiz etnocéntrico.

La ligazón entre medicina y pedagogía que se dio en las dos últimas décadas del Ochocientos dentro del pensamiento y la práctica de la corriente menos ortodoxa dentro del alienismo como era la medicina mental infantil, en la que la sensibilidad filantrópica se aunaba a los intentos de legitimación de una actividad científica y asistencial, necesitaba de profesionales y espacios institucionales específicos y encontraba en el marco de las escuelas el indicador que podía delimitar lo que se denominó, en un término cargado de polisemia, la «infancia anormal». El tránsito de la infancia degenerada a la infancia anormal no pareció producir grandes modificaciones en la valoración moral de estos niños sujetos al estudio de médicos y pedagogos, pero también a criminólogos o psiquiatras. La última parte de la obra, está consagrada al estudio de los procesos básicos del cambio de paradigma que, sobre la deficiencia mental, se produjo a principios del siglo XX, así como todo aquello que contribuyó a la construcción del concepto de «infancia anormal», incluyendo las perspectivas que, desde la medicina, hicieron de la aportación de pedagogos como Binet y Simón, figuras como Rodríguez Lafora.

La reflexión crítica que presenta el autor en el epílogo sobre inteligencia y desigualdad remite a una cuestión fundamental: los peligros de la utilización de esquemas de un determinismo biológico y la subsiguiente asignación de una etiqueta fija a las personas menos dotadas intelectualmente que, desde la lucidez que proporciona la historia, tanto sufrimiento y desigualdad ha generado. Este tipo de análisis enlaza, además directamente con los que desde las redes internacionales de estudios transculturales sobre historia de la infancia y las ciencias de la conducta se están llevando a cabo desde hace dos décadas y que pretenden estar en la línea de lo que se denomina investigación /acción (Lomax, E.; Kagan, J.; Rosenkratz, B.; *Science and patterns of child care*, San Francisco, W.H., Freeman, 1978; Hawes, J.M.; Hiner, N.R.; *Children in historical and comparative perspective*. Nueva York, Greenwood Press, 1981).

Rosa Ballester

Universidad Miguel Hernández, Alicante

C.G. JUNG, *Estudios Psiquiátricos* (obra completa, vol. I), Madrid, Trotta, 1999, 237 pp.

Carl Gustav Jung (1875-1961), desarrolló su formación en psiquiatría en la clínica Burgholzi de Zurich, bajo la dirección de Eugen Bleuler. Entre 1906 y 1914 se unió a Freud y al movimiento psicoanalítico, para posteriormente continuar el desarrollo de sus propias teorías y fundando una escuela que denominó psicología analítica. Jung creó una metapsicología elaborada, rechazando la noción de la libido como energía sexual y el complejo de Edipo como estadio universal del desarrollo, creyendo en la existencia de un inconsciente colectivo. Su configuración de la psiquis difiere de la topología freudiana del yo, superyo, ello e ideal del yo. En contraste con el inconsciente de Freud, el de Jung tiene dos estratos: el más superficial es el personal y el más profundo es el colectivo, que abarca el pasado simbólico y mitológico común y compartido por la totalidad del género humano. Los complejos se ubican en el inconsciente personal y los arquetipos en el colectivo o psiquis objetiva. Los arquetipos jungianos son imágenes representativas y configuraciones de significado universal. Existen figuras arquetípicas de la madre, el padre, el hijo, el héroe, entre otras. Para Jung existen dos tipos de organizaciones de la personalidad: los introvertidos, que se interesan más por su mundo interior, las intuiciones, las emociones y las sensaciones; y los extrovertidos que se orientan más hacia el mundo exterior, hacia las otras personas y a los bienes materiales. Cada individuo tiene una mezcla de ambos componentes. El objetivo de los tratamientos de Jung era lograr una adecuada adaptación a la realidad, para lo cual el trabajo terapéutico estaba centrado en estimular el desarrollo de las capacidades creativas individuales. Ese proceso de individuación duraba toda la vida del paciente y le estimulaba a desarrollar un sentido único de su propia identidad.

Con la aparición de este primer volumen inicia la Editorial Trotta la publicación de la *Obras Completas* del psiquiatra y psicoanalista suizo Carl G. Jung. En esta primera entrega se encuentra su tesis doctoral, *Acerca de la psicología y patología de los llamados fenómenos ocultos* (1902), junto a algunos escritos complementarios y una serie de informes periciales alrededor del llamado síndrome de Ganser como se denomina a la simulación voluntaria de la locura. La edición, por cierto largamente esperada y deseada por los especialistas e interesados en las ideas de Jung, ofrece la posibilidad de acercarse al pensamiento de su autor de una manera rigurosa y a salvo de los innumerables errores y descuidos de anteriores ediciones, siempre parciales, de sus obras.

Eduardo Balbo

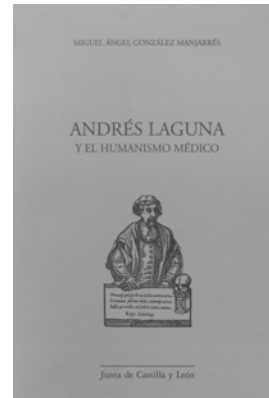
Instituto psiquiátrico José Germain

MIGUEL ÁNGEL GONZÁLEZ MANJARRÉS, *Andrés Laguna y el humanismo médico*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2000, 318 pp.

Las contribuciones de este joven y destacado investigador, González Manjarrés, al conocimiento de Laguna son dignas ya de reconocimiento, no solo por su variedad y extensión sino desde luego por su calidad y rigor. Acaba de aparecer al fin su *Andrés Laguna y el humanismo médico*, resultado de una indagación original y en verdad meritoria sobre el humanista castellano y europeo, de ese gran traductor renacentista, que fue vértice, además, de la medicina del XVI español. La cuidada edición que comentamos se encuadra —y destaca— en los hoy dieciocho «Estudios de Historia de la Ciencia y de la Técnica» que impulsa de forma decidida la Unidad de Publicaciones de la Junta de Castilla y León.

RESEÑAS

Aunque el trabajo de González Manjarrés sea, en principio, un excelente *estudio filológico*, como se dice en portada, sin embargo no se limita en absoluto a ese marco tan estricto, puesto que, si el autor comienza con la definición misma del Renacimiento y Humanismo hispánicos en dos capítulos introductorios, luego sigue pormenorizando la biografía y la obra de Laguna en una parte tan amplia como significativa (caps. III-IV, pp. 37-139). Propone a continuación un marco literario relativo a la literatura médica medieval y coetánea del galenista segoviano (caps. V-VI, pp. 141-179). Y, finalmente, dedica ya el último tercio del libro a los problemas generales de crítica textual y de traducción del renacentista (basándose en sus comentarios galénicos en latín y, especialmente, al hilo de su versión castellana del Dioscórides), visitando las fuentes, médicas, botánicas o filosóficas, tanto antiguas y medievales como modernas de Laguna, concluyendo con el estudio de su latín, que compara con la expresión neolatina, culta, de sus coetáneos.



Por ello *Andrés Laguna y el humanismo médico* figurará entre las mejores indagaciones recientes sobre la ciencia española del siglo XVI. Es, desde luego, un estudio académico muy sólido (el texto que presenta es una adaptación y revisión de su tesis doctoral, leída en 1998), y asimismo resulta un libro impecable y muy atractivo. Cabe recomendar vivamente su lectura, pues no sólo en todo momento es hondo y discreto, está bien urdido y excelentemente escrito, sino que renueva de modo profundo los estudios actuales sobre Laguna.

Con ponderación manifiesta, González Manjarrés sigue reconociendo el valor de los trabajos de Teófilo Hernando de mediados de siglo, que se añadían a los estudios de Dubler, sobre la transmisión de Dioscórides, y los más generales de Bataillon, quien hizo reveladores cotejos textuales entre Laguna y otros autores. Pero han pasado ya bastantes años desde esas indagaciones, y la personalidad de este médico adquiere otra tonalidad tras los grandes estudios renacentistas de las últimas décadas. Por un lado, González Manjarrés establece aquí el *corpus* definitivo de toda obra laguniana, sistematizándola. Por otro, analiza la actividad lingüística de Laguna desde el propio punto de vista de éste, situando excelentemente su posición humanística en la producción escrita del Quinientos. Y es que conviene tener en cuenta, como subraya el autor, que los más notables filólogos del Renacimiento avanzado (desde mediados del siglo XV hasta una centuria después) fueron médicos; y Laguna fue uno de los más grandes de entre ellos: este trabajo nos lo expone claramente ante los ojos.

Reseñemos, para ver sus derivaciones, otros trabajos recientes de González Manjarrés sobre el médico castellano: «La crítica textual en la obra médica de Andrés Laguna» (*Actas del Congr. Int. Sobre Humanismo y Renacimiento*, León, Universidad, 1998), así como, sobre todo, «Andrés Laguna y Salamanca» (*Salamanca. Revista de Estudios*, 44, 2000), y «Panorama filológico de Andrés Laguna» (en VV.AA., *Andrés Laguna. Humanismo, ciencia y política en la Europa renacentista*, Valladolid, 2001). A ellos se añade otro libro denso, posterior, de la mejor erudición, *Entre la imitación y el plagio. Fuentes e influencias en el Dioscórides de Andrés Laguna* (Segovia, 2000), donde el autor pone en evidencia que Laguna, en su traducción de 1554, siguió demasiado estrechamente la versión italiana de la *Materia medicinal* hecha por Mattioli (en 1544 y ss.), reproduciendo muchos de sus comentarios (e, incluso, bastantes de sus ilustraciones); pero también expone ahí lo que el alemán Jano Cornario tomaba del propio Laguna, con las polémicas consiguientes entre ambos. Era un momento de efervescencia intelectual y también de querellas entre fuertes personalidades; además, la autoría de los textos en general tenía por entonces un significado relativo, distinto del contemporáneo.

Esta muestra de la complejidad del humanismo médico laguniano, forma parte de la crítica progresiva de González Manjarrés, realizada a varias bandas, siguiendo muy de cerca a ese médico tan ilustrado. Cabe decir, pues, que ciertos resultados de *Andrés Laguna y el humanismo médico* y de los otros trabajos están en la misma línea que los del estudio modélico de Paolo Cherchi, *Polimatia di riuo. Mezzo secolo di plagio (1539-1589)*, Roma, Bulzoni, 1998, que, centrado en los polímatas, italianos o no, de entonces (Ravasio, Rodigino, Erasmo fueron «reescritos» también por Laguna), tiene muy presente libros de Guevara, de Mexía y de otros muchos para comprender el alcance del empleo del «mestizaje de citas» en la cultura del Quinientos. Y ello nos lleva a otra vía de su trabajo: «El humanismo en los ‘Dos coloquios del combite’ de Pedro Mexía» (*Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXXV, 1999) que González Manjarrés ha escrito con P. Conde.

Ahora bien, en la actualidad, el autor prosigue su tarea de confeccionar un *Diccionario médico latino medieval y renacentista*, obra colectiva dirigida por su mentor, Enrique Montero. Y cabe esperar lo mejor de sus investigaciones futuras, pues las vías de estudio y los procedimientos de análisis textual de *Andrés Laguna y el humanismo médico*, nos indican que existe un mundo de expresión latina por explorar, que permitirá comprender a fondo una parte fundamental de la actividad científica —mixta, plural—, del siglo XVI europeo.

En el fondo, alrededor de este punto crucial gira todo este nuevo *Andrés Laguna*. La lectura tardo-renacentista de unos textos entonces recuperados o más cuidados —los nuevos clásicos, redescubiertos en nuevas ediciones— no entraña una posición extracientífica sino que es constitutiva del nuevo modo, científico también, de analizarlos y comentarlos, como decía ya Eugenio Garin. No existe colusión alguna entre disciplinas científicas y los *studia humanitatis*. Unas y otras se complementan en buena armonía porque participan de una visión conjunta, aunque nada sistemática, de todo el pensamiento antiguo, fuese éste médico, geométrico, literario o moral. Como dice Miguel Ángel González Manjarrés al cerrar su libro, la época se forjó «día a día a fuerza de contradicciones, ambigüedades y vaivenes». *Andrés Laguna y el humanismo médico* lo ejemplifica en un autor capital, y nos aclara algunas hibridades que son propias de esa compleja cultura de la que la modernidad sigue siendo deudora.

Mauricio Jalón

Instituto Simancas (IHCYTE), Valladolid

FRANCISCO VÁZQUEZ GARCÍA, ANDRÉS MORENO MENGIBAR, *Sexo y Razón. Una genealogía de la moral sexual en España (Siglos XVI-XX)*, Madrid, Akal, 1997, 474 pp.

Es un atrevimiento por mi parte hacer una reseña, aunque sea modesta y breve, sobre este libro. Siento, por otra parte, que sea después de tres años de su aparición, porque merecía una inmediata y rápida noticia de su publicación, por la importancia que creo que tiene este trabajo.

Creo que merece un estudio y análisis amplio, por su magnífico contenido, su claridad metodológica y su amplio y excelente aparato crítico. Es un libro que se lee con interés y, en mi caso, casi con pasión; denso y elaborado en su contenido, pero claro en la exposición, con la claridad de quienes saben de lo que hablan, de quienes han trabajado con profundidad todo aquello que exponen. Creo que es una obra que marca un hito dentro de los estudios sobre la sexualidad en España. Veamos, breve y descriptivamente, los contenidos.

Comienza el libro con dos apasionantes citas de Nietzsche: como muestra la ciencia «las cosas más sencillas son la más complicadas», y «la filosofía, en la medida en que es científica y no dogmática, no es para nosotros más que la extensión más amplia de la noción de historia. La etimología y la historia del lenguaje nos han enseñado a considerar todos los conceptos como devenidos, muchos de ellos todavía en devenir». Palabras actuales las de Nietzsche, y definidoras de una forma de considerar la realidad.

Después, encontramos una fundamental Introducción que nos explica, de forma clara, la metodología y las fuentes metodológicas esenciales que se utilizaron en el trabajo realizado y la justificación de su utilización. En primer lugar, se discute un elemento esencial, que cabe discutir hoy en día no sólo en el caso de la sexualidad, sino también en otros casos humanos, como la inteligencia o la moral y la ética, no sólo sexual. El problema de la construcción de «objetos» llamados «naturales» cuando nos estamos refiriendo a procesos dependientes del desarrollo histórico de la socialización del hombre, hace que se les considere —la mayoría de las veces implícitamente— como inamovibles y no posibles de ser estudiados en su transcurso histórico. Los autores defienden aquí, en primer lugar, la historicidad de la sexualidad, lo que permite y hace posible y positivo el estudio genealógico de su transcurrir en el tiempo. En el siguiente apartado, analizan y demuestran la utilidad del estudio del desarrollo de la razón sexológica en España.

En su último apartado de la Introducción, *Recursos Metodológicos*, hacen explícita la que utilizan: «Este proyecto está orientado en lo fundamental por una metodología genealógica, forjada en los trabajos de Foucault, en estrecha conexión con el pensamiento de Nietzsche». Hacen un metucioso análisis de lo que esto significa en el caso de la razón sexológica y en España.

Dicen, que, además, «se tendrán en cuenta las técnicas de investigación desarrolladas por los historiadores de las mentalidades en el estudio de la documentación relacionada con los comportamientos sexuales. Los trabajos de Ariès, y especialmente los procedimientos de lexicostatística utilizados por Flandrin para el análisis masivo de manuales de confesores católicos (siglos XV-XVIII), así como los estudios sobre la transformación del modelo familiar en la época moderna»

Tampoco se olvida la sociología, y en este sentido dicen los autores que, «no hay que olvidar los trabajos sociológicos de Norbert Elias sobre el proceso de civilización, de Richard Sennet sobre la erosión de la vida pública y de Boltanski y Bourdieu sobre la producción social de la imagen corporal» que consideran esenciales para afrontar algunos de los problemas que se plantean en el libro.

Y por último, destacan los autores la presencia, en su fondo metodológico, de la teoría de la desviación social sostenida por la Nueva Escuela de Chicago (Beckert, Lemert, Goffman, Matza). La llamada *label theory*, dicen, «la construcción simbólica del hombre normal puede entenderse como un proceso de generación *a contrario*, a través de la definición social de una serie de conductas y de tipos de sujeto identificados como formas de desviación social». Dicen los autores que «El modelo de la *label theory* es sumamente útil para mostrar cómo la configuración de una racionalidad sexológica es también la aparición de nuevas formas de subjetividad, y pasa por una historia de los conflictos y las transacciones entre las últimas formas y agencias de *labelling* presentes en una sociedad. La *vida sexual sana* del hombre normal, principio regulativo de la educación del sexo en la época contemporánea, es definida socialmente *a contrario*, especificando, conceptualizando las conductas desviadas, los sujetos anormales».

En definitiva, pues, plantean que para analizar la racionalidad sexológica hay que hacer la historia de la producción simbólica de los elementos desviados: el niño que se masturba, el adulto perverso, la prostituta, la histérica. Y se preguntan «¿Según qué reglas y a partir de qué transforma-



RESEÑAS

ciones en las mismas se han configurado en España esos tipos de subjetividad que bosquejan negativamente el retrato del hombre normal, *telos* de la pedagogía sexual?» Veremos desarrollar en el libro la respuesta a esta pregunta tan enormemente compleja.

El primer capítulo se dedica a «La hermenéutica de sí e invención de la sexualidad infantil». Comenzando por el estudio exhaustivo del desarrollo de las prácticas de confesión con sus muy diversas características, tanto formales como profundas y la cuestión central del complejo llamado masturbación. Desde la Antigüedad hasta la constitución de la «Educación sexual» y la pedagogía sexual científica, pasando por el franquismo hasta nuestros días.

El segundo capítulo está dedicado a «Lo normal y lo patológico. Figuras de la monstruosidad sexual». Así como el onanismo fue centro del capítulo anterior y del desarrollo de la sexualidad infantil, la anormalidad tuvo un monstruo principal, el hermafrodita, «verdadero *símbolo de la transgresión*». Otro largo capítulo en que los autores siguen con precisión y profundidad la historia de la monstruosidad y de la perversión hasta nuestros días.

El tercer capítulo trata de la «Políticas de burdel», el problema eterno y tan actual de la prostitución y de las medidas a tomar frente a ella, y el cuarto aborda una cuestión esencial y completamente en boga hoy en día, con este título «La mayor confusión: la construcción socio-sexual del cuerpo femenino en la Edad Moderna», apartado I del capítulo titulado *Tota Mulier in Utero*. Como puede verse, un magnífico programa de estudio que considero plenamente conseguido, pero, que, además, abre enormes posibilidades y vías de trabajo. Muchos aspectos de los planteados pueden discutirse y abordarse desde otras perspectivas, pero los cimientos que establece esta obra creo que serán ya las bases fundamentales para quien quiera enfrentarse a la problemática de la sexualidad en España.

Terminaré esta reseña con unas palabras pertenecientes a las páginas iniciales de este excelente trabajo, que creo son lo suficientemente provocativas para despertar el interés de cualquiera que intente comprender nuestra realidad actual:

«La sorpresa ante este crecimiento sin límites de una voluntad de hablar y saber sobre el sexo es el origen de este trabajo. La perplejidad es completa si se advierte que este proceso presenta un *pathos* emancipatorio y que ha dado lugar a un cuerpo de especialistas que reciben el encargo social de gestionarlo. No por acostumbrado y familiar, el panorama deja de suscitar asombro: ¿qué es esa sexualidad que se nos sugiere y casi se nos obliga a revelar?; ¿en qué consiste ese mensaje, ese *kerygma* con el que los nuevos franciscanos del sexo nos auguran una incógnita tierra prometida? Ha llegado a ser una evidencia compartida en nuestra cultura, un lugar común cargado de venerables razones científicas y filosóficas, identificar a la sexualidad con una dimensión constitutiva de la personalidad. Hasta tal punto esto parece obvio para todo el mundo, que ponerlo en duda sería ante cualquiera signo de delirio intelectual o de ilimitada pedantería»

Raquel Álvarez

Depto. H^a de la Ciencia, IH, CSIC